

cado, eran para ella otras tantas manifestaciones de amor.

¡Cómo se engañaba!

Si María hubiera podido leer por un momento en el corazón de su primo, hubiera visto que sus palabras eran como las del autómatas que nada siente, y la sonrisa, lo que la llanura de un mar sin calma, rizado en la superficie por las halagadoras brisas, y en el fondo muerto.

Dicen los poetas que el amor es la felicidad del mundo.

La flor galana entre las espinas de la tierra.

La fuente de vida en el desierto arenal que atravesamos.

La luz y la alegría del orbe.

Creo que no todos mis lectores participarán de la opinión de los poetas.

El amor, así como las demás cosas de nuestro mezquino planeta, presenta dos aspectos diametralmente opuestos. Tiene como el Jano de la fábula dos rostros en que se marcan la expresión de encontrados afectos.

tos, risueño y grato el uno, severo, sombrío y aterrador el otro.

Preguntad á los jóvenes, desde los 18 á los 22 años, qué cosa es el amor, y os dirán que es el dorado espejo que nos presenta á todas horas la encantadora faz del ángel que ha conmovido nuestra alma.

La idea única que embellece el pensamiento.

El dulce imán que nos arrastra hácia otro ser mas puro que el aroma de las flores.

El perfumado lirio que brota en el alma para embalsamar la existencia.

La única página brillante del libro de la vida.

El soplo vivificador de la Divinidad que desciende al mundo para iniciar al alma en los deleites celestiales.

Haced la misma pregunta á los hombres desde los 28 á los 40, y os contestarán que el amor es el canto de la sirena que nos arrastra á la muerte.

El brillo de la luz que seduce á la incauta mariposa y en donde al fin muere abrasada.

La piedra falsa que nos deslumbrara, y

cuyo ningún valor reconocemos cuando ha pasado por el crisol del tiempo y la experiencia.

Uno de esos delirios en que el hombre, apoderado del lente de las ilusiones, ve lo que no existe, y cree en lo que no ve.

El dorado ensueño de la juventud, cuyos diáfanos y brillantes colores, se convierten al despertar, en frías y nebulosas sombras que asustan la vista y hielan el corazón.

La escuela de los desengaños.

El verdugo de las ilusiones.

La fuente de todos los tormentos, de todas las desgracias, de todas las amarguras.

Pero para ¿qué preguntar á nadie, cuando vosotros mismos habreis experimentado esa mezcla de placer y de amargura, de tristeza y alegría, de incertidumbre y esperanza, de muerte y de vida que acompaña á esa pasión de la que el mundo entero es su víctima?

Basta á nuestro propósito haber presentado la situación en que se encontraban los personajes de nuestra historia, para conocer cuán distantes debían estar ellos de ca-

lificar de felicidad una inquietud que no los abandonaba un solo instante.

Por fortuna, en aquella misma concurrencia, al lado de los que padecían, había otros que se juzgaban los más felices de la tierra, y que lo eran realmente por la misma razón de que lo creían.

—Señores—dijo no bien acabaron de almorzar, el joven que había bailado con María—propongo que demos un paseo por el bosque con las señoras, en tanto que los músicos toman un refrigerio.

—Voto por la afirmativa.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo: exclamaron veinte voces á la vez, ofreciendo cada cual el brazo á la joven con quien más simpatizaba.

Miguel presentó el suyo á María que con aquella atención de su primo, creyó pagado con usura cuanto había padecido hasta entonces, y echaron á andar por una de las mil calles que cruzan la respetable mansión de los antiguos reyes mexicanos.

Es preciso haber visitado muchas veces

el grandioso bosque de Chapultepec, como lo he visitado yo, para conocer el influjo que en el alma ejercen, inclinándola al amor, aquellos sitios de tantos recuerdos, tan silenciosos y llenos de misterios.

Allí todo respira respeto, admiración y amor; y los alegres jóvenes de nuestra novela, tomando cada cual por distinta senda, se dirijian con sus lindas compañeras de negros ojos y breve pié, unos á la admirable alberca cubierta por la alta bóveda de corpulentos árboles, y otros á la cima en que se ostenta magestuoso el Colegio Militar, y desde donde se descubre el grandioso valle de México con sus mil plateadas lagunas, sus pintorescos canales cubiertos de pintadas canoas, y sus sólidos acueductos.

Felices todos con el grato panorama que á sus ojos presentaba la exuberante naturaleza, y con la agradable conversacion de sus parejas, dejaron correr las horas sin que nadie se acordase del baile ni de los músicos.

Todos tenian una palabra de amor para la joven que acompañaban.

Solo Miguel, ocupada su imaginacion con la memoria de Luisa, y buscando los sitios mas solitarios, hablaba con María de cosas indiferentes, que estaban muy lejos de satisfacer las exigencias de un corazon enamorado.

—Parece—dijo la joven notando en dos personas que se acercaban de frente por la misma calle de árboles que llevaban ellos— que han venido otras familias al bosque.

—Puede ser muy bien.

Contestó Miguel sin alzar la vista.

—Y son un caballero y una señorita muy hermosa: míralos, aquí están.

Y efectivamente llegaban en aquel instante dos personas adonde los dos interesantes primos se hallaban.

Miguel alzó la cabeza, y al encontrarse sus ojos con los de la mujer que María, con justa razon, calificó de hermosa, se estremeció, como se estremeció ella en el brazo del que la acompañaba: este lanzó una mirada de odio sobre Miguel, que correspondió con otra no menos terrible.

El nuevo personaje, que en aquella mira-

da leyó una provocacion marcada, trató de desasirse de su compañera que, pálida y temblando, se asió fuertemente de su brazo para evitar una desgracia. Al verse detenido, rugió de rabia como el tigre encadenado que no puede caer sobre su presa; volvió á lanzar otra mirada significativa sobre su contrario, que equivalia á un desafío, y se alejó con su compañera, rechinando los dientes y murmurando palabras de venganza.

Miguel, que habia hecho inauditos esfuerzos para contenerse á la vista de aquel hombre, contestó á la muda manifestacion de su contrario, con una señal de inteligencia, que se podia traducir por la admision de un reto.

María, que habia notado los efectos de aquel extraño encuentro, y que no habia perdido ni uno solo de los movimientos de su primo, creyó haber descubierto lo que tanto deseaba saber; y al verle aún trémulo y fijo en el mismo sitio en que acababa de pasar la desagradable escena, le dijo:

—Te has puesto pálido, ¿estás malo?

—No... no tengo nada.

—¿Quién es ese caballero, que tan furioso se ha puesto al verte, y sobre el cual te ví dispuesto á arrojarte?

—Un enemigo mio.

—¿Enemigo?... ¿Y por qué causa?

Miguel iba á responder francamente á aquella pregunta; pero reflexionando luego que revelar el secreto podria dar lugar á injustas sospechas en la limpia honra de la mujer que amaba, varió de pensamiento y contestó:

—Pertenece á otra comunion politica que detesta á la mia.

Estas palabras desorientaron á la jóven, que volvió á preguntar.

—¿Y conoces á la hermosa que va con él?

—Sí; es la hermana de mi amigo Enrique.

—¿Parienta acaso del que la acompaña?

—Su esposa.

—¿Ah!... ¿es casada?

—Sí.

Esta contestacion acabó de desvanecer todas las sospechas de María. Creia demasiado en los rectos principios de Miguel

para juzgarle esclavo de una pasión criminal.

—Acerquémonos— dijo Miguel ya mas tranquilo—á la glorieta en que han vuelto á reunirse nuestros amigos, y que estarán esperando sin duda.

—¿Piensas bailar?

—Y contigo, si no estás comprometida con otro.

Contestó Miguel tomando un aire jovial, y procurando desterrar de la memoria los tristes pensamientos que le dominaban.

—Pues vamos allá.

Y llegando á poco al sitio en que sonaba la música, tomaron parte en el baile, sobresaliendo entre todas las parejas por su ligereza y gallardía.

Véamos ahora lo que pasaba con Luisa y su indignado esposo.

Este habia propuesto á su mujer un paseo, con objeto de distraerla, y poder reparar en parte el disgusto que le habia causado con sus zelos la noche de la carta: Luisa lo aceptó, y al ver que Fernando ponía á su disposicion el punto que mas grato juzgara,

eligió el bosque de Chapultepec, bien agena de pensar que encontraria en él al hombre con quien debió unirse en otro tiempo.

Fernando mandó poner el coche, y se dirigió con su esposa al sitio por ella elegido.

Disgustado de ver que no estaban solos, dieron unas cuantas vueltas, y se disponian á salir del bosque, cuando se encontraron con Miguel y María.

Lo que pasó en aquel instante ya lo sabe el lector.

Fernando dió por un momento entrada en su corazon á la mas negra sospecha.

La vista de su rival le trajo á la memoria la carta que encontró en el suelo, dirigida á su mujer: se acordó del hombre que vió deslizarse entre los arcos del acueducto y de la sorpresa de su esposa al verle: pensó que aquel encuentro no podia ser casual: llevó su desconfianza hasta el grado de suponer que Luisa y su antiguo rival se habian citado para verse allí, y tuvo la crueldad de manifestárselo así á Luisa, que quedó aterrada con suposicion tan injuriosa.

—Sí; tú sabias que le encontrarías aquí.

Exclamó Fernando, mirando á su esposa con ojos encendidos de cólera.

—Te juro que no.

—En vano lo niegas: estábais citados, y por eso preferiste Chapultepec á todos los demas puntos de recreo.

—¿Fuí acaso yo la que te propuse el paseo?

—No.

—¿Y hubo tiempo, aun cuando fuera tan criminal como me supones, para avisar á nadie de nuestra resolucion, siendo así que salimos de casa en el instante que acepté tu obsequio?

Fernando quedó suspenso con aquella observacion que la encontró justa, y no acertó á contestarla.

Luisa comprendió lo que pasaba en su alma, y agarrándole con cariño la mano, le dijo:

—¿Dudas aún?

Aquellas amorosas palabras, pronunciadas con la sinceridad y el acento mas tierno, se llenaron de lágrimas los ojos de aquel hombre tan fácil en enojarse cuando se juz-

gaba ofendido, como en arrepentirse al conocer su error.

Era uno de esos caracteres francos, de corazon sin doblez, cuyas acciones no reconocen mas norma que la justicia, y que están siempre dispuestos á dar una satisfaccion á la persona á quien involuntariamente han ofendido.

—No, Luisa: soy un insensato: dudar de tí, es dudar de la virtud de los ángeles. Pero tú, que eres tan buena, me perdonarás, ¿no es verdad?

Exclamó llevando á sus labios la blanca mano de su esposa que, por toda respuesta, le envió una de esas celestiales miradas que revelan el cariño, la gratitud, el amor y las afecciones mas puras, mas íntimas y tiernas del alma.

Fernando comprendió todo el valor de aquella mirada, y añadió con toda la efusion del amor mas profundo.

—¡Gracias, gracias!... Jamas volveré á ofenderte.

Al decir esto llegaron fuera del bosque,

subieron en el coche que los esperaba en la puerta, y se dirijieron á casa.

Una hora despues el sol retiraba su luz á otro hemisferio.

La alegre concurrencia, queriendo aprovechar los cortos instantes que restaban de claridad, bailaba el último vals con un afán que rayaba en locura, con un entusiasmo delirante y vertiginoso que agotaba sus fuerzas y violentaba la respiracion.

Los mozos entretanto, guardaban los restos del banquete en vistosas canastas, envolvian los cubiertos en los manteles, y apuraban una que otra botella de vino de Burdeos que encontraban empezada, juzgando sin duda que pesaria menos en el estómago que sobre los hombros.

La música terminó por fin, y todos los concurrentes se dispusieron á volver á México. Los amartelados jóvenes se dirijieron cada cual á ofrecer su brazo á la señorita á quien habian rendido su voluntad, y Enrique tuvo la fortuna de dar el suyo á la hermosa María, á la vez que Miguel se habia ofrecido á acompañar indiferentemente á

otra de las muchas hermosas que habian concurrido.

Arreglado este asunto de tanta importancia para los jóvenes de ambos sexos, las felices parejas cruzaban las frondosas calles de aquel delicioso recinto en animadas conversaciones, y se dirijian hácia los coches que habian quedado afuera, y que esperaban para conducirlos á la ciudad.

Pronto el ruido de las voces y de los pasos se perdió entre el murmurio producido por el aire que movia las hojas de los árboles, mientras se vislumbraban dudosamente entre las medias tintas de la luz crepuscular, los cándidos ropajes de las bellas que al fin desaparecieron en el fondo oscuro de los últimos ahuehetes.

Todo quedó de repente en soledad completa,

Un silencio profundo siguió al bullicio de aquel dia.

¡Qué aspecto tan magestuoso presentaba entonces la reina de las selvas! . . . Chapultepec se ostentaba en aquel solemne instante de paz y de silencio, con la sublime ma-

gestad de una magnánima emperatriz que recobra su cetro. Era la espléndida matrona, respetada por mil generaciones, que, envuelta en las negras vestiduras de la llamada noche, se levantaba enhiesta en medio del extenso valle, como una hermosa y respetable viuda entre las tumbas de sus mayores, para pensar en los venerandos objetos que embellecieron su patria, y á los cuales sobrevivía para patentizar su antigua magnificencia.

Parecía que, dominada de profunda tristeza, pero grande y digna en su misma melancolía, protestaba con sublime elocuencia contra las orgías y los bailes allí celebrados, que tan mal cuadraban con sus recuerdos de religion, de austeridad y de nobleza: se hubiera dicho que evocaba las sombras de los monarcas aztecas para llorar con ellos la profanacion de aquel sagrado recinto, única página aún no arrancada del libro de las grandes obras que precedieron á la conquista; página de inestimable precio que encierra la historia de florecientes imperios, y que la saña del inflexible tiempo acabará

de borrar para siempre, si los que tienen á su cargo las riendas del Estado no recomiendan su conservacion á personas inteligentes y amantes de las antigüedades de su patria.

La noche en tanto avanzaba rápidamente.

Los pájaros de brillante plumaje buscaban su albergue en las ramas de los árboles.

Nada turbaba el silencio de la sultana de las selvas.

De repente se escuchó el ruido de varios coches que partian hácia la capital.

En uno de ellos marchaban Enrique y Miguel que habian convenido en descubrir, en aquella misma noche, el secreto que obligaba al esposo de Luisa á dejar la compañía de ésta al toque de ánimas.